

Progresismo y movimientos sociales en América Latina. Algunos aspectos para pensar la emancipación

Progressivism and social movements in Latin America. Some aspects to think about emancipation

RESUMEN

En las postrimerías del siglo XX y los inicios del XXI, en distintos países de América fuerzas identificadas con la izquierda institucional llegaron al poder por la vía electoral, como resultado, en algunos casos, de amplias movilizaciones populares. Esos gobiernos, denominados *progresistas* para distinguirlos de las orientaciones neoliberales, pero señalando también sus límites frente a opciones no capitalistas, se caracterizaron por una redistribución de la riqueza y la inclusión política de algunos sectores excluidos tradicionalmente. Sin embargo, las esperanzas que despertaron fueron frustradas por el retorno de gobiernos alineados a la derecha. Este “fracaso” del progresismo dio lugar a un debate en torno a la existencia y el fin de un ciclo progresista. En este trabajo ofrecemos algunos elementos para comprender el surgimiento y el despliegue de los gobiernos progresistas en el marco de la dinámica global del capital, así como un cuestionamiento de las explicaciones de su fracaso en términos de su distanciamiento de los movimientos sociales que los llevaron al poder. En este respecto, discutimos las capacidades emancipadoras de los movimientos sociales desde la perspectiva de considerarlos un modo de existencia de la lucha que, al mismo tiempo que la expresa, la niega.

PALABRAS CLAVE

Gobiernos Progresistas, Capital, Crisis, Movimientos Sociales, Emancipación.

Edith González Cruz

Universidad Intercultural del Estado de Puebla
goned.20@gmail.com
0000-0002-6910-8349

Manuel Garza Zepeda

Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca
mgarza.cat@uabjo.mx
0000-0002-2996-0238

ABSTRACT

At the end of the 20th century and the beginning of the 21st, in different countries of America, forces identified with the institutional left came to power through elections, as a result, in some cases, of broad popular mobilizations. Those governments, called “progressive” to distinguish them from neoliberal orientations but also pointing out their limits in the face of non-capitalist options, were characterized by a redistribution of wealth and the political inclusion of some traditionally excluded sectors. However, the hopes they aroused were dashed by the return of right-aligned governments. This “failure” of progressivism gave rise to a debate about the existence and the end of a progressive cycle. In this paper we offer some elements to understand the emergence and deployment of progressive governments within the framework of the global dynamics of capital, as well as a questioning of the explanations for their failure in terms of their distancing from the social movements that led them to power. In this regard, we discuss the emancipatory capacities of social movements from the perspective of considering them a mode of existence of the struggle that, while expressing it, negates it.

KEYWORDS

Progressive Governments, Capital, Crisis, Social Movements, Emancipation.

INTRODUCCIÓN

Como resultado de amplias movilizaciones populares, la instauración de gobiernos denominados *progresistas* en la primera década del siglo XXI en diversos países de América Latina abrió (tanto entre los participantes en ellas como entre los estudiosos del fenómeno) grandes expectativas sobre las posibilidades de la transformación social en la región. Al iniciar el nuevo siglo, América Latina se convertía en el centro de atención del pensamiento crítico¹ (ver Dinerstein 2017; Bonefeld 2015; Modonesi 2015, 2017). En el esplendor de la conflagración espontánea y generalizada de dichas movilizaciones surgieron diversos análisis sobre las posibilidades de subversión de la sociedad capitalista; no obstante, su declive ha dejado abiertas las preguntas sobre qué sucedió con dicho impulso y cuáles fueron las condiciones que permitieron el avance de la derecha al poder estatal. México pudo haber llegado tarde a la cita con el progresismo, pero es acaso por ello mismo que este debate sea relevante para el país en el futuro inmediato.

Los niveles de análisis sobre el auge y la caída del progresismo latinoamericano son diversos. A grandes rasgos, podemos mencionar los siguientes aspectos que han sido analizados: a) la relación del Estado y las luchas; b) las características de la inserción de los gobiernos progresistas de América Latina en el mercado mundial; y c) la producción de conocimiento a partir de las luchas. Abordar detalladamente cada uno de estos niveles de profundidad no forma parte de los objetivos que nos hemos propuesto en este documento. No obstante, es importante retomar los principales aportes de estas lecturas para visibilizar otros aspectos, con el objetivo de abonar al debate aún vigente: esto es, considerar que el progresismo latinoamericano –en su auge y ocaso– no es un fenómeno social que pueda analizarse sin considerar la recesión económica mundial después de la crisis de 2008; y por otro lado, resaltar una crítica de carácter teórico relacionada con la propia conceptualización de la lucha y su encapsulamiento en la categoría “movimientos sociales”.

Dado que nuestro objetivo en este artículo es puntualizar la relación dialéctica entre el capital y las luchas con el objetivo de pensar las posibilidades de la emancipación social, no tocaremos la cuestión de la producción de conocimiento a partir de las luchas, pues ello rebasaría los propósitos de este trabajo.

En lo que sigue presentaremos, en primer término, un análisis del papel que jugó la recesión económica posterior a la crisis de 2008 para ubicar analíticamente el surgimiento y declive de los gobiernos progresistas. Después

1 Si consideramos el levantamiento zapatista y otras luchas del contexto latinoamericano, quizá deberíamos decir que esto ocurrió mucho antes.

ofrecemos algunas reflexiones para tratar de entender las razones del *fracaso* y la caída de dichos gobiernos, desde una crítica que cuestiona las posibilidades de la transformación social desde los movimientos sociales. No nos interesa, por ello, ofrecer una explicación alternativa del retroceso electoral de los gobiernos progresistas sino, más bien, poner de manifiesto que, lo mismo que en las prácticas políticas de esos gobiernos, los movimientos son marginados del análisis y, por tanto, la pregunta sobre sus capacidades emancipadoras ni siquiera es planteada.

Nuestra perspectiva teórica se basa en trabajos de autores identificados con la corriente del marxismo abierto, en especial la obra de John Holloway (2010), Werner Bonefeld (2004), Richard Gunn (2005) y Sergio Tischler (2011). Y en particular, en la concepción del capital como relación antagónica que es constitutiva de las relaciones sociales, y de las *formas* que esa relación adopta en los diversos ámbitos de la vida social. Entendida *forma* como la existencia de una relación social subyacente, en el modo de ser negada, según la formulación de Gunn (2005). Desde tal perspectiva observamos la situación en la que surgen los *gobiernos progresistas*, en su conexión con la crisis global del capital en el año 2008.

Asimismo, cuestionamos las posibilidades de transformación social que derivan de los movimientos sociales, considerándolos como una *forma* que adopta la lucha contra la relación de capital. Forma que expresa —pero al mismo tiempo niega— el antagonismo mediante su transformación en conflicto de intereses al interior de la misma sociedad organizada por el capital, y, por tanto, sin posibilidades de trascenderla.

Procedimos a realizar una revisión de la literatura existente sobre el denominado *ciclo progresista* en América Latina. El propósito de esta revisión fue identificar los términos de los debates surgidos en torno a la caracterización de los gobiernos progresistas, sus relaciones con los movimientos sociales que, de una u otra manera, les permitieron llegar al poder y la explicación del retroceso electoral de dichos gobiernos. Posteriormente, realizamos un análisis de los términos en que se ha desarrollado el debate, con la finalidad de mostrar la ausencia de una crítica de las posibilidades de transformación que se atribuyen a los movimientos sociales.

LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS LATINOAMERICANOS Y LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Varios acontecimientos justificaron el surgimiento de grandes esperanzas de transformación social en la región latinoamericana, como resultado de la llega-

da al poder de gobiernos denominados *progresistas*. Por citar solo algunos ejemplos, en Venezuela Hugo Chávez nacionalizó el petróleo y durante su gobierno se produjo una dramática disminución del analfabetismo y la pobreza. Después de la severa crisis económica de 2001 y de las revueltas masivas, el gobierno argentino decidió suspender los pagos a sus acreedores financieros (Bonnet y Piva, 2019). Junto con los mercados emergentes asiáticos, Brasil se unió a los llamados BRICS² (Colombini Neto, 2015).

Tanto Argentina como Brasil fueron invitados a formar parte del llamado G20 en 2008 (el año en sí mismo revela la importancia de su participación para el rescate de la economía mundial). Entre 2000 y 2005, los levantamientos plebeyos y la guerra del agua, que vencieron a una empresa transnacional y alentaron la nacionalización de industrias estratégicas, inauguraron un nuevo imaginario en la historia reciente boliviana (Gutiérrez Aguilar, 2009). Una historia que proyectó la cosmovisión aimara a nivel mundial y visibilizó el estilo arquitectónico con el que Freddy Mamani transformó el espacio boliviano, posicionando nuevamente los debates del *ethos* barroco y las modernidades alternativas descritas por Echeverría (1998).

Estas medidas adoptadas por gobiernos que se definieron como no neoliberales permitieron abrigar esperanzas de cambios estructurales capaces de ir más allá de la coyuntura de un periodo gubernamental. La simultaneidad de experiencias en diferentes países sudamericanos permitió hablar de un *ciclo progresista*. De esa manera no solamente se aludía a la llegada de gobiernos con perspectivas de cambio sino que se enfatizaba su origen en procesos electorales en los que *capitalizaron* a su favor las aspiraciones de diversas movilizaciones populares. El año 1998 puede considerarse el inicio del progresismo con la llegada al poder estatal de Hugo Chávez en Venezuela, mientras la elección de gobiernos que proclamaban su adhesión a principios distintos al neoliberalismo —tanto en Brasil como en Bolivia, Ecuador, Argentina y Uruguay— consolidaban la impresión de un giro hacia la izquierda en la región. La fuerza que alcanzó el progresismo latinoamericano fue de tal magnitud que influyó en el imaginario de los partidos de la izquierda institucional de la periferia europea, como Syriza (en Grecia) y Podemos (en España), en donde aún resonaban los ecos del movimiento alterglobalización. El optimismo se desbordaba por todas partes.

Sin embargo, vale la pena señalar que, a pesar de su ubicación en un mismo ciclo, los procesos tuvieron grandes diferencias. Para Raúl Zibechi (2015) el progresismo identifica procesos muy dispares: desde casos donde el gobierno

2 Brasil, Rusia, India y China.

surgió de movilizaciones exclusivamente electorales, hasta aquellos en los que fue resultado de amplias trayectorias de lucha. En mayor o menor medida, una vez en el poder tomaron algunas decisiones que permitían afirmar el abandono de las políticas neoliberales y el mejoramiento de las condiciones de vida de grandes sectores populares. Sin embargo, no dejaron de tener conflictos con esos sectores, que se expresaron en movilizaciones y protestas. Finalmente, esos gobiernos fueron derrotados electoralmente en la mayoría de los países. Aunque esas movilizaciones no formularon expresamente programas anticapitalistas, es posible preguntarse acerca de si las movilizaciones expresaban su rechazo a un modo de organización social cargado de crisis.

Para nosotros, en el fondo el descontento social y las luchas populares que surgieron al inicio de este siglo manifestaban el rechazo a las relaciones sociales capitalistas cuyos efectos hoy son mucho más visibles que en ese entonces. Si esto es así, ¿fueron los gobiernos progresistas la posibilidad de dar cuerpo a ese rechazo, o en cambio fueron la resolución a la crisis del capital que expresaron estas movilizaciones populares?

a) La relación entre el Estado y las luchas

Los gobiernos progresistas no solo lograron administrar el descontento popular sino también navegar entre las consecuencias de la crisis económica de 2008 de manera más o menos exitosa. Mientras en el norte global miles de personas perdían sus empleos y casas con el estallido de la burbuja hipotecaria de los *subprime*, en América Latina el pujante crecimiento económico permitía la reducción de la pobreza a través de la incorporación de más personas al mercado de trabajo, políticas sociales y el aumento del salario mínimo (Zibechi, 2015). Aunque solo haya sido temporalmente, el mundo estaba al revés y los líderes progresistas latinoamericanos no podían dejar pasar la oportunidad de expresar el sentimiento que los desbordaba. En su turno, tanto el presidente Lula de Brasil como la presidenta Cristina Fernández de Argentina se refirieron al caos especulativo y la financiarización como una crisis que, por primera vez, no provenía de la periferia capitalista, a la que por décadas se le había venido sermoneando que “el mercado resolvería todo” (Tooze 2019: 2). Esa, sostenían, era una crisis que “emanaba de la primera economía del mundo”, como sentenció Cristina Fernández en su intervención en la asamblea general de la ONU, el 16 de septiembre de 2008 (Tooze 2019: 2). El éxito del progresismo justificaba el optimismo.

Pese a las particularidades de cada una de las experiencias latinoamericanas, lo característico del progresismo es que apuntó a la *superación* de las políticas neoliberales que desde 1970 llevaron al incremento de las desigualdades

económicas y políticas en todo el mundo, aunque esto no implicó “trascender el capitalismo en su fase extractiva y financiera”, como sostiene Zibechi (2015). Para cumplir sus promesas, los gobiernos progresistas tuvieron que llevar a cabo la difícil tarea de arrancar una porción de la *plusvalía social global*, territorializarla en la región y distribuirla de manera *más justa* para incluir en el consumo de mercancías a sectores de la población a los que hasta entonces les había sido negado.

De este modo, conscientemente olvidaban que el concepto de la plusvalía, de la riqueza abstracta que es distribuida a través de programas sociales y mejores salarios, presupone la explotación de la fuerza de trabajo en tanto “la producción de plusvalor representa el valor de uso específico de la fuerza de trabajo para el capital” (Hirsch, 2017: 513).

Por su parte, el proceso de democratización de las instituciones estatales que subsanaría las desigualdades políticas no pudo superar la instrumentalización de las demandas populares, sino que se tradujo en la estatalización de las fuerzas sociales. Es decir, la canalización del descontento hacia el ámbito institucional y la integración en la política de aquellos que habían sido invisibilizados por el racismo (Katz, 2017; Codas, 2015; Modonesi, 2015; Mitchell, 2016; Schavelzon, 2017). “La determinación libre de los miembros de la sociedad sobre los recursos comunes” (Grupo Crisis, 1999) no hacía parte del horizonte democrático del progresismo. Éste se redujo al reconocimiento legal de las móradas trabajadoras en su carácter abstracto de ciudadanos, separadas las unas de las otras y compitiendo entre sí (Grupo Crisis, 1999). La demanda por una democracia participativa y más incluyente, aunque importante para ciertos sectores, ocultaba –y oculta– las contradicciones y conflictos de la sociedad latinoamericana referidos a los problemas de raza, clase y género.

En ese sentido, los análisis críticos que describen la relación entre los gobiernos progresistas y las luchas y organizaciones sociales como una relación en la que estas últimas aparecen como víctimas, son bastante precisos. La conquista del Estado conlleva necesariamente a la separación del flujo insurreccional y a la reproducción de la dominación. Pues, “en el momento que la organización revolucionaria se separa del flujo para conducirlo surge la forma instrumental de la política y la reproducción de un arriba y un abajo que es parte de la dupla dominio/subordinación” (Tischler, 2011: 340). En este contexto, la democracia aparece como ese manto que mistifica las contradicciones de la sociedad capitalista y promueve la coexistencia pacífica entre los desiguales, entre explotados y explotadores, entre los dominantes y los subordinados (Sub

Galeano, 2018). Todos juntos luchando por el bien común.³ Sin embargo, en el capitalismo no hay *pueblo*, lo que hay es una sociedad de clases (Pannekoek, 1969: 136).

Estrictamente hablando, el concepto de progresismo sí lleva escrito en la frente *lo que es*. Tiempo lineal que presupone el movimiento inequívoco de la producción y reproducción del capital (ver Tischler, 2013). No hay ninguna contradicción en el carácter progresista de estos gobiernos. Siguen una línea liberal en la que el desarrollo de las fuerzas económicas conlleva en sí mismo el desarrollo de la libertad individual y de los derechos sociales. El progreso intensifica las relaciones capitalistas a través de la integración de cada vez más aspectos sociales a la dinámica capitalista y a través de la dependencia del dinero para la reproducción de la vida. La democracia en apariencia reconcilia las contradicciones del capital. No sin razón se caracterizó el avance del progresismo como una *marea rosa* (*The Pink Tide* en la literatura anglosajona) (Mitchell, 2016) cuyo pragmatismo combinó simpatías por los símbolos y la retórica del pasado revolucionario con la continua aplicación de políticas favorables a los intereses estadounidenses y la atenta observación a las percepciones de Wall Street, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) (ver Rohter, 2005).

Dicho pragmatismo se relaciona con la postura práctico-analítica de la teoría de la hegemonía que permea el pensamiento de izquierda institucional y, en particular, a los progresismos latinoamericanos. De acuerdo con Bonefeld (2015: 256), la postura práctico-analítica hace referencia al intento de:

liberar al capital de los capitalistas para utilizar el poder del capital en beneficio de una sociedad buena y justa [...] En lugar de poner en cuestión la categoría de capital identifica la miseria social como el resultado contingente de un equilibrio desfavorable de las fuerzas de clase y llama a mantener la lucha social para invertir el equilibrio a favor de la clase que está sujeta al trabajo [...] La miseria social se entiende, de ese modo, como un suceso perfectamente evitable. (Bonefeld, 2015: 254-255)

No hay una crítica al capital en tanto modo de organización social en el que mujeres y hombres son el medio para la reproducción de la riqueza abstracta, sino que se cuestiona su *corrupción*. Pero la existencia de la riqueza capitalista que intentan distribuir no puede entenderse sin la miseria que genera, ya sea

3 Sobre el rol de las elecciones como rompeolas de los procesos prefigurativos radicales, durante la experiencia de Syriza en Grecia y su relación con el progresismo, ver Oikonomakis (2020).

como población supernumeraria, destrucción ambiental, violencia contra las mujeres, violación de los derechos indígenas a decidir sobre su propio futuro y el uso de su territorio, etcétera. La miseria social que intentan combatir es parte del concepto de riqueza que predomina en la sociedad capitalista (Bonefeld, 2015). La anulación de una presupone la de la otra. Sin embargo, en el núcleo de los conceptos de hegemonía y contrahegemonía que predominan en la gramática de la izquierda institucional, y en gran parte del pensamiento crítico de la izquierda para el que la democracia se ha vuelto el objetivo de la lucha (González, 2019), se encuentra la administración de la miseria y la pobreza, y la canalización del descontento social hacia el ámbito institucional. Así como se mistifica el concepto de la riqueza, en la teoría de la hegemonía también se misitifica el concepto de Estado.

La suposición básica es la conceptualización del Estado como “un aparato político ‘autónomo’ que, aunque limitado por ciertas constricciones sociales externas, está *sujeto* a los dictados del proceso político de toma de decisiones” (Hirsch, 2017: 509), es decir, que el control del proceso de reproducción social está sujeto a una planificación racional mediante políticas de organización y administración sociales.⁴ Lo anterior puede verse, por ejemplo, cuando Modonesi (2015: 23-24) se refiere al ciclo progresista como “un conjunto de diversas versiones de *revolución pasiva* [. . .] procesos de transformaciones estructurales significativas pero limitadas, con un trasfondo conservador, impulsadas desde arriba y por medio de prácticas políticas desmovilizadoras y subalternizantes” que buscaban una salida hegemónica. Pero, ¿en qué medida estas “transformaciones estructurales significativas pero limitadas” no son sólo una apariencia?

Para la teoría de la hegemonía, el declive del progresismo se interpreta como una ruptura entre las diversas fracciones de clase, o más precisamente, como incapacidad para seguir sosteniendo el “amplio consenso interclasista y de fuerte raigambre popular” que lo fortaleció en la etapa de consolidación (Modonesi, 2015: 24). Por lo que la emergencia de cualquier impulso emancipatorio, anti-institucional y anti-capitalista tiene sentido siempre y cuando se perfila a fortalecer un nuevo ciclo hegemónico, o bien cuando se vislumbra su debilidad. Mientras tanto, la dinámica del capital aparece –en el mejor de los casos– de manera contingente.

Ahora bien, si la izquierda institucional no hace la crítica del capital, tampoco hace una crítica al trabajo que lo genera. Aun en su vertiente más radical, la izquierda sigue considerando que la sociedad buena y justa es la sociedad del trabajo digno y bien pagado. Sin embargo, no solo el trabajo precario es

4 Foucault (2006) se refirió a este proceso como “gubernamentalidad”.

violencia. ¿En qué sentido el trabajo que reproduce al capital puede ser digno? Asumir la posibilidad de existencia de un trabajo digno es asumir la inevitabilidad del capital, esto es, asumir el dogma de que no hay una alternativa a esta realidad.⁵ Lo que intentamos señalar es que la actividad humana no puede quedar reducida a la categoría del trabajo. No obstante, en una sociedad donde la sobrevivencia depende del acceso al dinero, obtener un trabajo se inscribe en los poros de la piel de hombres y mujeres como única alternativa para obtener sus medios de subsistencia. La promesa del trabajo digno –que postula el progresismo y la izquierda institucional– justifica la terrible destrucción de la naturaleza que estamos atestiguando, la que a su vez ha provocado el desplazamiento y éxodo masivo de hombres y mujeres que van y vienen de aquí para allá “huyendo del futuro. Del mundo destruido por el capital” (Holloway, 2019).

b) La inserción de los gobiernos progresistas en el mercado mundial

Hace ya más de veinte años, en su *Manifiesto contra el Trabajo* (Grupo Krisis, 1999), el Grupo Krisis argumentaba que nunca antes había sido tan cierta la frase: “¡El que no trabaje, no come!”. El problema con ello es que la propia dinámica capitalista, la de la acumulación como un fin en sí mismo, cada vez requiere menos trabajo. Trabajar es el imperativo de una sociedad “en [la] que el trabajo se está haciendo innecesario” (Tesis 1. El dominio del trabajo muerto. Grupo Krisis, 1999: párr. 3). Lo anterior es solo una parte de la crisis de la sociedad del trabajo. La otra corresponde a que el capital se vuelve cada vez más destructivo para superar sus propias crisis. La perspectiva progresista está en medio de ambas dinámicas, tratando de humanizar una dinámica autodestructiva y deshumanizante que ya no puede sostenerse. Entonces, ¿cómo consiguió el progresismo responder a las demandas de las diversas luchas y cuáles fueron las condiciones que permitieron su relativo éxito económico? Para responder a esta pregunta es necesario responder a esta otra: ¿de qué manera se insertaron los gobiernos progresistas al mercado mundial?

La década de los años ochenta del siglo pasado se conoce en América Latina como la “década perdida”. Fue el comienzo de la crisis de la deuda en países como Brasil, México o Argentina, pero no fueron las únicas.⁶ Cada vez se fue haciendo más evidente la inevitabilidad, recurrencia y agresividad de las crisis de la deuda y de las consecuencias del aumento exponencial del capital ficticio. Ya no importaba dónde tendrían lugar sino de qué manera se podrían controlar

5 “There is no alternative” (TINA) fue el dogma thatcherista que mejor describe este cierre del mundo.

6 Por ejemplo, durante la crisis asiática de 1998 que afectó directamente los mercados estadounidenses; la explosión de la burbuja del dotcom en el 2000; y la ruptura del mercado después de los ataques del 9/11 (Rickards, 2016: 44).

sus efectos para sacar a flote la reproducción del capital. El rol de las instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional nunca antes había sido tan importante para promover la cooperación internacional y rescatar la economía global en su conjunto, sobre todo después del abandono de Bretton Woods (1971), que significó la volatilidad del dinero. Las crisis dejaron de verse como eventos nacionales o regionales (Bonfeld, 1996) y comenzaron a estudiarse como indicios de un problema mayor: la crisis crónica del capital (Holloway, 2017).

Bajo las directrices del llamado “Consenso de Washington”, la región latinoamericana fue azotada por una estricta combinación de políticas fiscales y monetarias que buscaban controlar la inflación y estabilizar los presupuestos estatales. Administrar la crisis conllevó a su vez a la reestructuración de las relaciones de producción y a la aplicación de las llamadas políticas neoliberales. Pero esta dinámica no solo afectó a la región. En todas partes el neoliberalismo supuso drásticos recortes al gasto público, implementación de reformas estructurales, privatización de servicios básicos y sectores estratégicos hasta entonces controlados por el Estado, la financiarización de la economía; los sindicatos fueron declarados indeseables, mientras el aumento del desempleo y la desigualdad dejaron de ser un problema y se los dejó navegar a su tasa “natural”. La libertad de mercado fue declarada la base de toda libertad democrática y económica (Bonfeld, 1996). No obstante, el neoliberalismo no resolvió la crisis del capital. Como sostiene Nadal (2019: párr. 6), “en el neoliberalismo no encontramos una excrecencia del capitalismo, sino la expresión más pura de su esencia. Y desde esa perspectiva, la ruina del neoliberalismo es efectivamente el fracaso del capital”.

Al finalizar el siglo XX la incontenible crisis de la reproducción social comandada por las políticas neoliberales se expresó como revueltas y movilizaciones sociales en distintos países latinoamericanos, las cuales se unían a largas historias de luchas indígenas que rechazan el modo de organización social capitalista (en México, Ecuador, Bolivia). El retorno a la normalidad y la resolución de esta crisis dependían no solo de la intensidad de la lucha de clases sino también del contexto global en el que ésta se desplegaba. La narrativa dominante sobre el éxito progresista sostiene que estos gobiernos capitalizaron a su favor las aspiraciones de diversas movilizaciones populares ampliando las expectativas sobre las reformas sociales que podían lograrse tras la conquista del Estado (Zibechi, 2015; Bizberg, 2019; Gutiérrez Aguilar, 2009). La narrativa que nosotros queremos plantear en este documento es que las luchas rechazaban la dinámica autodestructiva de la reproducción social capitalista y, al hacerlo, aceleraban la crisis del capital. Sin embargo, la forma en que aparecen, como

movimientos sociales que se expresan en el campo político-electoral, implica al mismo tiempo su negación como luchas contra el capital. Visto desde esta perspectiva, el éxito del progresismo consistió en haber socavado las alternativas a la reproducción social capitalista, mientras reimponía una nueva disciplina a través del *dominio del dinero* y la estatización del conflicto social.

Así pues, la reducción de la pobreza lograda por los gobiernos progresistas estuvo vinculada fuertemente a la reorganización del mercado mundial después de la caída de los regímenes socialistas. No es casualidad que Adam Tooze (2019) señale que desde hace varias décadas la economía mundial había devenido un *mundo multipolar*, en el que la hegemonía del norte global se debilitaba a partir del auge de los mercados asiáticos. Sin embargo, debemos entender esta multipolaridad no solamente como la redistribución del poder económico global entre diversos centros hegemónicos, sino sobre todo como la intensificación de la competencia y a su vez el aumento de la inestabilidad del capitalismo (Holloway, 2017). Es decir que el fallo en cualquiera de los nodos de esta red económica multipolar para extraer la plusvalía necesaria hace que el capitalismo sea cada más inestable, más susceptible a los efectos de cualquier crisis que en primera instancia se presente como una crisis regional o nacional (lo que ha sucedido con la pandemia del coronavirus es el ejemplo más tangible de esta frágil interconexión).

Esta transformación dio comienzo con la reorganización de la producción mundial, una vez abandonada la autarquía de las “economías de comando central” (Kurz, 2016) de los países del socialismo realmente existente, aunado al surgimiento de la Unión Europea. Aunque los Estados Unidos no dejaron de ser uno de los ejes centrales de la economía mundial, esta reorganización refleja el desplazamiento de inversiones masivas hacia Asia. A diferencia de los análisis geopolíticos, aquí es importante tener en mente que el capital no conoce fronteras, ni tiene nacionalidad. El argumento que tratamos de visibilizar es que la dinámica totalizadora arrastra a su paso todo lo que se opone como obstáculo a la acumulación del valor. Como consecuencia, lo que vemos en este periodo de abandono del socialismo no es la reducción del rol del Estado sino su reconfiguración con miras a crear los prerequisites indispensables para la reproducción del capital: infraestructura para el proceso de producción y regulaciones y subsidios para facilitar el proceso de circulación (Hirsch, 2017). De este modo, el Estado resuelve los problemas que el capital no puede o no está interesado en resolver, ya que no supone un aumento inmediato en la tasa de ganancia. En sus fundamentos, lo mismo ocurrió con los gobiernos progresistas con su inserción en el mercado global.

Una vez que dio comienzo su desarrollo capitalista, “China se estaba convirtiendo rápidamente no sólo en una economía de fabricación y exportación con mano de obra barata, sino también en una sociedad urbanizada de alta tecnología con ambiciones de extender su influencia política y económica, incluso más allá del este de Asia” (Roberts, 2020: párr. 27). En este proceso de expansión emergieron los gobiernos progresistas, cuyo rechazo a las políticas neoliberales promovidas por los Estados Unidos se compensó con la atracción de capitales asiáticos, particularmente los provenientes de China. Sin negar el empuje hacia la distribución de la riqueza, diversos comentaristas coinciden en que la inserción de los gobiernos progresistas al mercado mundial se basó principalmente en la exportación de *commodities* (bienes primarios) más que en el fortalecimiento de la industrialización de sus países (Zibechi, 2015; ver también Bizberg, 2019). De acuerdo con las cifras de la CEPAL (2008), entre 2003 y 2008, el crecimiento anual de América Latina y el Caribe alcanzó 5% (este porcentaje incluye a aquellos países no etiquetados como de izquierda). Sostener este ritmo de crecimiento cuando las economías más grandes e industrializadas comenzaban a sufrir los estragos de la Gran Recesión, era un verdadero desafío.

Después de 2008, los efectos de la crisis de las hipotecas basura y de la financiarización de la economía dejaron de verse como un problema de los Estados Unidos. La Gran Recesión del capital había comenzado. La alta interconexión de este *mundo multipolar* ralentizó el asombroso crecimiento de China, principal inversor latinoamericano y principal acreedor de los Estados Unidos. A pesar de los 20 millones de millones de dólares que fueron destinados al rescate bancario y de las instituciones financieras mundiales, a pesar del sufrimiento humano generado por las medidas de austeridad, no se logró resolver la crisis del capital (McNally, 2011). Si bien esos millones lograron evitar el colapso de la economía mundial, fueron insuficientes para acortar la brecha que divide el crecimiento del capital ficticio y la producción de plusvalía (economía real). “La crisis de 2007-2008 y la larga recesión en la que la economía mundial se ha visto sumida desde entonces han expuesto brutalmente el exorbitante coste económico y social de esta financiarización” (Durand, 2018: 11). Por eso Marx (2009: 325) puntualizaba que “cuando ya no se trata de dividir ganancias sino de dividir pérdidas, cada cual trata de reducir en lo posible su participación en las mismas, y de endosársela a los demás”.

Mientras tanto, el porcentaje de crecimiento anual para la región latinoamericana descendió dramáticamente después de 2008. Con base en los mismos datos recuperados de la CEPAL, la región solo alcanzaría 1.9% de crecimiento económico. El temporal éxito del progresismo comenzaba a tambalearse.

Ciertamente, las economías latinoamericanas estaban mejor preparadas para contener los efectos de dicha crisis. De hecho, ninguna de las economías que fueron víctimas de las crisis económicas que tuvieron lugar durante los noventa tuvo que recurrir a los préstamos draconianos del FMI durante 2008 (Tooze, 2019: 7). No obstante, por su dependencia de las inversiones extranjeras, era imposible que las economías latinoamericanas escaparan a los daños colaterales provocados por la recesión económica. Con esto queremos puntualizar que la ruptura del “consenso interclasista” logrado por el progresismo comenzó a hacerse evidente en el marco de esta crisis, aunada a las prácticas desmovilizadoras y subalternizantes del progresismo. La apariencia de neutralidad y universalidad (voluntad general) se quebranta cuando el Estado interviene directamente y con violencia en los momentos de crisis del capital (Hirsch, 2017). Esto es, cuando el incremento de la conflictividad supone un problema para la reproducción del capital, cuando las reglas con las que opera la normalidad capitalista están en riesgo.

Por otro lado, la Gran Recesión desató las fuerzas más conservadoras que se fraguaban en la región y el mundo en general: el incremento del racismo, la xenofobia, el sexismo, el nacionalismo, etcétera. Trump y Bolsonaro son personificaciones de las contradicciones generadas durante la crisis. Fragilidad y violencia son dos supuestos que están en el centro de un *mundo multipolar*. Ambas expresan la profunda crisis de la sociedad del trabajo para la reproducción de la vida. En ese sentido, cualquier aspiración a un proceso de industrialización latinoamericano sigue siendo una posibilidad cada vez más distanciada de la realidad, cada vez más desconocedora de los efectos que el capital supone para la vida de hombres y mujeres en todo el mundo. La crisis del capital provoca que su existencia dependa cada vez más del recrudecimiento de la violencia, tanto de los gobiernos de izquierda como los de derecha (Jappe, 2011; Scholz, 2013; Bonefeld, 2017; González y Doulos, 2020). El problema del progresismo no era elegir entre un capitalismo más humano o no, entre un capitalismo de corte oriental o un capitalismo occidental. En el fondo, el problema sigue siendo que la sociedad capitalista se encuentra en una severa crisis. Como sugería Kurz (2016: 171) hace algunos años, “el colapso de los ‘mercados planificados’ [era] solo una parte de la crisis total”.

Hasta ahora hemos visto la manera en que se despliega la dialéctica entre la dinámica del capital y las políticas progresistas en el contexto latinoamericano. Es decir que, aunque Latinoamérica tiene sus particularidades, está inmersa en la dinámica global capitalista. En ese sentido, la emergencia de los gobiernos progresistas está relacionada tanto con las luchas y movilizaciones locales como con el contexto de la crisis global del capital. Pero si las luchas

permiten entender esa emergencia de gobiernos progresistas, y aun cuando la crisis global del capital implicó grandes dificultades para sostener políticas sociales y la incorporación de grandes sectores populares al consumo, ¿cómo entender su retroceso electoral? ¿Qué papel jugaron los movimientos en el ejercicio de gobierno y en su caída?

¿CÓMO ENTENDER EL RETORNO DE LA DERECHA A LOS GOBIERNOS EN LATINOAMÉRICA?

Llegados a este punto podemos enfocarnos directamente en la pregunta por las razones del fracaso de los gobiernos progresistas. Es preciso puntualizar, por cierto, a qué nos referimos cuando hablamos de *fracaso*. El debate abierto en torno al significado y el desenlace de los gobiernos progresistas ha identificado el fracaso con su retroceso electoral y la llegada al poder de gobiernos de derecha en aquellos países latinoamericanos en que la izquierda institucional había obtenido el triunfo previamente. La discusión se produjo entonces en torno a un pretendido “fin del ciclo progresista” (Katz, 2017; Rauber, 2015).

No reproduciremos aquí los términos del debate, pues no es nuestro propósito discutirlo en sus términos. Baste señalar que hubo quienes argumentaron que no podía hablarse propiamente del fin de un ciclo (Mitchell, 2016; Arkonada, 2015), aunque sí del cierre de su etapa hegemónica (Modonesi, 2015), frente a quienes sostuvieron que el avance electoral de la derecha sí implicó un fin de ciclo, que limitó el progresismo a fuerza neutralizada pero no lo suprimió (Schavelzon, 2017). Bringel y Falero (2016), por su parte, sugirieron mayor prudencia al momento de hablar de un fin de ciclo, dado que no se presentó en toda Latinoamérica ni sus efectos fueron los mismos en cada caso. Además, cuestionaron la posibilidad misma de calificarlo como *progresista*, habida cuenta de las ambivalencias y contradicciones presentes en sus acciones. En un sentido semejante, Zibechi (2010) propuso reflexionar sobre la pertinencia del adjetivo *progresistas* para gobiernos que dieron continuidad a un modelo de privatización de los bienes comunes y contribuyeron a construir una nueva gobernabilidad aprovechando el impulso de los movimientos sociales.

En el desarrollo de los debates no siempre apareció como un elemento fundamental la relación de los gobiernos progresistas con los movimientos sociales, ni la consideración de la dinámica global del capital. Con sus matices y diferencias, las distintas posturas miraron en todo momento a uno de los polos de la relación entre gobiernos y movimientos: siempre a los primeros. Desde esa perspectiva, se ha argumentado acerca de las vacilaciones, los errores, los anquilosamientos burocráticos, la incapacidad de los nuevos gobernantes para

mirar más allá de proyectos neodesarrollistas, de sus limitaciones nacionalistas al dar la espalda a posibilidades de integración regional. Los movimientos, por su parte, no aparecen jugando papel alguno en el despliegue concreto de los procesos económicos y políticos abiertos por el progresismo. Su acción hizo posibles los triunfos electorales y posteriormente, al producirse el distanciamiento con los gobiernos, sus expresiones de inconformidad ante políticas particulares habrían hecho posible el retorno de la derecha por sus críticas a los aparatos estatales comandados por el progresismo. Víctimas de la represión de esos mismos gobiernos progresistas, o manipulados por la propaganda, la acción de los sectores populares, incluso de los más fuertes movimientos de la región, no constituye un factor a ser considerado en el despliegue de los procesos encabezados por los gobiernos progresistas, sino tan solo al inicio, al hacer posibles los triunfos electorales, y en su declive; fueron reducidos a masas electorales.

Precisamente esa ausencia de los movimientos en el despliegue de los procesos de gobiernos progresistas, permite formular el remedio para detener la oleada derechista. La posibilidad de consolidar lo ganado y evitar el retroceso está asociada a la radicalización del proceso (Katz, 2017). Y la radicalización significa poner en el centro la alianza con los movimientos sociales (Lo Brutto y Aceves, 2017). En primer lugar, la garantía de la irreversibilidad de los avances pasaría por nuevos triunfos electorales del progresismo (Arkonada, 2015). Sin embargo, para Zibechi (2010) la alternativa consiste en la recuperación del protagonismo de los movimientos sociales, lo que implica una vuelta a las prácticas de base y el conflicto como eje estructurador, para superar la sustitución de aquellos por organizaciones sociales que son resultado de la estatización de la sociedad civil.

La argumentación en favor del retorno a la articulación con los movimientos populares a fin de garantizar la continuidad de gobiernos progresistas y de sus “procesos de cambio”, o bien de recuperar su protagonismo, muestra con claridad que su consideración como agentes de transformación social sigue siendo incuestionable. Por ello es posible apelar a su salvadora presencia. Se les atribuye una capacidad de transformación social que, sin embargo, no está necesariamente justificada (Dhanagare y John, 1988).

No hay espacio, en consecuencia, para la pregunta sobre el fundamento de tales capacidades transformadoras. Aquí llegamos a una cuestión central para nuestra argumentación. Consideramos que es importante formularse esta pregunta: ¿es posible transformar la sociedad desde los movimientos?

Las reflexiones que proponemos en la siguiente parte del trabajo adoptan un carácter más general, teórico, relacionado precisamente con el carácter de los movimientos sociales y sus capacidades emancipadoras.

¿ES POSIBLE TRANSFORMAR LA SOCIEDAD DESDE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Los estudios sobre movimientos sociales han tenido un desarrollo extraordinario en los últimos años, diseccionando una multitud de dimensiones que se consideran relevantes para el análisis y produciendo una enorme cantidad de reflexiones desde las más diversas perspectivas, que no pueden ser referidas aquí. Uno de los aspectos tratados con mayor frecuencia es el de los recurrentes cambios observables en las formas de acción colectiva, las demandas formuladas y las formas organizativas. La constatación de esos cambios ha hecho posible considerar que un rasgo fundamental de las diferentes oleadas de luchas que de cuando en cuando sacuden diversas regiones del mundo es el de la novedad (Pleyers, 2018). La novedad se ha expresado en denominaciones diversas para cada oleada. Así, mientras en los años 60 del siglo pasado surgieron los “nuevos movimientos sociales”, para fines del mismo teníamos a los movimientos alterglobalización (simbolizados por las luchas en Seattle en torno a la cumbre de la Organización Mundial de Comercio en 1999), y al finalizar la primera década del siglo veintiuno a los movimientos por la justicia global (simbolizados a su vez por los movimientos Ocupa, la Primavera árabe y los “indignados”).

Cada una de esas oleadas traería consigo reflexiones orientadas a dar cuenta de dicha *novedad*, concluyendo casi inevitablemente con la necesidad de renovar los enfoques de análisis; en un grado menor, han llevado incluso a la formulación de nuevas denominaciones justificadas por la relevancia de las transformaciones observables en los fenómenos empíricos (Bayat, 2012; Dinerstein y Deneulin, 2012).

Pero en todos estos desarrollos la reflexión sobre las posibilidades emancipadoras de los movimientos sociales está, en general, ausente. El reconocimiento del fracaso de las esperanzas de transformación puestas en los movimientos tampoco ha llevado a considerar si acaso tales esperanzas están justificadas. Los fracasos derivan de las traiciones, los errores, o de no haber considerado a los adversarios, pero no se cuestiona a las capacidades emancipadoras de los movimientos. Así, por ejemplo, en un libro de reciente aparición Geoffrey Pleyers (2018) plantea expresamente la cuestión, preguntándose cómo fue posible

que las esperanzas de cambio abiertas por los movimientos de la década de 2010 hubieran sido frustradas:

Siete años después del inicio de una ola global de movimientos sociales a favor de la democracia, el panorama político y social está lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos. No solo los movimientos progresistas no lograron derrocar a los poderes a los que se oponían, sino que estamos frente a un fortalecimiento de la represión, del autoritarismo y del conservadurismo.

La respuesta del autor, retornando a la definición de Alain Touraine según la cual los movimientos sociales producen a la sociedad, es que en los análisis se dejó de lado el hecho de que “no solo producen a la sociedad los movimientos progresistas. También lo hacen los movimientos conservadores” (Pleyers, 2018: 101). Aunque este planteamiento no se refiere expresamente a la cuestión de los gobiernos progresistas latinoamericanos, ciertamente se encuentra en la misma tónica de intentar una explicación sobre la frustración de las esperanzas de transformación, en este caso democrática, de las sociedades en que se producen amplias movilizaciones sociales. Es decir, nos coloca ya directamente en un problema central de este texto: las posibilidades de generar transformaciones de orden societal desde los movimientos sociales.

La perspectiva de Pleyers (2018) enfatiza en la necesidad de considerar que, frente a los movimientos sociales que buscan la democratización, no hay un vacío sino fuerzas —que él propone considerar también como movimientos— cuyo objetivo es apuntalar el capitalismo financiero global; actores conservadores que deben ser estudiados entre los movimientos sociales. La producción de la sociedad es resultado de un actor único sino más bien de la interacción entre movimientos progresistas y otros movimientos y actores conservadores. Desde esta perspectiva, la frustración de las esperanzas de cambio es comprensible cuando se incluye a los adversarios en el análisis. Es decir, el fracaso para generar los cambios se explicaría más bien por la acción de los movimientos conservadores que por algún tipo de defecto en la acción de los progresistas.

Otro elemento que Pleyers (2018) propone para la adecuada comprensión de los impactos de los movimientos sociales sin abandonar la concepción toureniana que los define como agentes de la transformación social, se refiere al reconocimiento de los mecanismos de reproducción de la sociedad. Por ello llama a no subestimar “el peso de las estructuras sociales y de los procesos sociales que contribuyen a reproducir la sociedad, como por ejemplo los *habitus*,

la apatía y el conformismo de muchos ciudadanos, el peso de las instituciones y de los actores conservadores, entre otros factores” (Pleyers, 2018: 97).

Esta consideración de factores que se oponen a la acción de los movimientos sociales y que permiten comprender los limitados impactos que se pueden observar en espacios institucionales nos conduce más allá de la imputación de errores a los dirigentes o activistas, de desviaciones debidas a la traición o la cooptación. Nos conduce a la idea de que la acción de los movimientos no se desplaza suavemente sobre una superficie libre de rozamiento, sin obstáculo alguno. Sin embargo, aunque esta perspectiva pretende superar los que considera sesgos epistemológicos presentes en los enfoques dominantes para el estudio de los movimientos sociales (Pleyers, 2018), no nos hemos movido ni un ápice de un punto de vista que mira siempre hacia el exterior de los movimientos sociales.

Son otras fuerzas, llámense otros movimientos o estructuras sociales, mecanismos de reproducción, y no algún rasgo propio lo que da cuenta de su fracaso. Por supuesto, no se puede ignorar que, efectivamente, los movimientos actúan en el interior de un sistema de fuerzas y que esa acción enfrenta resistencias de carácter conservador. Pero aquí queremos apuntar más allá. Consideramos que las dificultades para cambiar el mundo no están fuera de los movimientos sociales sino en su propia existencia. Desde la noción de *forma* que se encuentra en la obra de Marx y que ha sido desarrollada desde el enfoque denominado *marxismo abierto* (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005) consideramos que los movimientos sociales son la *forma*, el modo de existencia de la lucha en el seno de la sociedad capitalista. Como modo de existencia, exterioriza y niega la relación de lucha que es constitutiva de las relaciones sociales capitalistas. Desarrollaremos esta argumentación en lo que sigue.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO FORMA DE LA LUCHA

El punto de partida aquí es uno de carácter epistemológico y no es exclusivo del análisis de los movimientos sociales. Tiene que ver con la distinción entre el mundo inmediato, lo aparente, y una realidad sustancial que se presenta a sí misma en la apariencia pero que al mismo tiempo es negada en ella. Karel Kosik (1985: 27) había planteado al respecto que “el mundo fenoménico tiene su estructura, su propio orden y su propia legalidad que puede ser revelada y descrita. Pero la estructura de este mundo fenoménico no capta aún la relación entre él mismo y la esencia”. Para evitar una interpretación dualista que incluso formulara la cuestión en términos de verdad y falsedad en relación con esencia y apariencia, Kosik aclara que no se trata de postular la existencia de

dos realidades separadas, una de las cuales, la esencial, resultaría imposible de aprehender como no fuera por la pura especulación. En cambio, argumenta que no hay mayor realidad en una u otro, ni una distinción radical, pues “la realidad es la unidad del fenómeno y la esencia” (Kosik, 1985: 28). Una realidad que no tiene otro modo de manifestarse sino a través del fenómeno. Este, por tanto, expresa algo distinto de sí mismo. En consecuencia, en el fenómeno, la realidad sustancial se muestra, pero al mismo tiempo se oculta. ¿Cómo entender esto? ¿Por qué razones la realidad sustancial se muestra en algo que no es ella misma, como algo distinto de sí misma? ¿Es el ocultamiento de la realidad sustancial en el fenómeno una propiedad inherente a la existencia de cualquier objeto real? Ciertamente, aquí se trata de una concepción de la realidad social, y no de cualquier realidad o de la realidad en general. Nos referimos concretamente a la realidad de una sociedad capitalista.

Lo característico de cualquier sociedad es que constituye, en todas sus manifestaciones, un producto de la actividad concreta de los sujetos. Son sus prácticas las que crean modos más o menos cristalizados de relación, convertidos en instituciones, normas, representaciones. En la sociedad capitalista ese proceso creativo se traduce en objetos aparentemente fijos que además ocultan su carácter de productos de la actividad humana. Se nos aparecen invirtiendo la relación, como *estructuras* que determinan las prácticas de los sujetos.

¿Por qué ocurre tal inversión en la sociedad organizada por el capital? La respuesta se halla en las condiciones en las que los sujetos realizan su actividad práctica productiva. Esta inversión, esta negación del sujeto creador por sus productos, es lo que Marx denominó *el fetichismo de la mercancía* en *El Capital* (Marx, 2018). La noción de fetichismo, de la reificación de las relaciones sociales, que Holloway (2010) ha propuesto considerar en su aspecto procesual, como fetichización, constituye la base teórica de nuestras reflexiones acerca de los movimientos sociales como *forma* o modo de existencia. La tarea de “descubrir en los conceptos mismos aquello que niegan” (Holloway, 2010), que caracteriza al marxismo abierto, es la orientación que intentamos seguir en la reflexión en torno a los movimientos sociales.

El desdoblamiento de la realidad social en una sustancia y el modo en que se aparece, o su modo de existencia, es resultado del carácter dual y antagónico del trabajo en el capitalismo (García Vela, 2015). A partir de aquí, llamaremos *forma* o *modo de existencia* a eso que Kosik (1985) denomina *el fenómeno*. Siguiendo a García Vela (2015), como señalábamos antes, es propio de la sociedad capitalista el desdoblamiento de la realidad social en una sustancia y su modo de aparición. El trabajo productor de mercancías tiene en el capitalismo un doble carácter: como trabajo abstracto y trabajo concreto. No se trata de dos tipos de

trabajo separados, sino de dos dimensiones propias de la actividad productora. Pero tales dimensiones no existen simplemente una junto a la otra: dan lugar a un antagonismo constitutivo de las relaciones sociales: “Las propiedades particulares del trabajo concreto dirigidas a crear valores de uso se contraponen a las propiedades sociales y sintéticas del trabajo abstracto creador del valor, es decir, el trabajo abstracto como síntesis social niega y anula todo carácter particular y concreto del trabajo.” (García Vela, 2015: 28).

El trabajo concreto y el trabajo abstracto se encuentran, así, en una relación antagonica, de lucha. El producto del trabajo en las condiciones del capitalismo adquiere el carácter de mercancía, que es también antagonica: es al mismo tiempo valor de uso y valor (García Vela, 2015). El desarrollo del antagonismo produce que el valor y el valor de uso se manifiesten como dos modos de existencia distintos: por una parte, el dinero en su carácter de equivalente universal y la mercancía como objeto con propiedades materiales concretas y con un valor de uso particular (García Vela, 2015).

En su aparición como el medio de intercambio, como cosa que se cambia por otras, el dinero no se presenta como el modo de existencia del valor y, por tanto, del trabajo abstracto. El dinero, pues, no solo se presenta como una cosa separada y distinta de la mercancía, sino que en ese modo de aparición oculta, niega la realidad sustancial que lo constituye y al mismo tiempo el antagonismo cuyo desenvolvimiento expresa. Un desenvolvimiento que no es precisamente desarrollo lógico o predeterminado sino uno de lucha. Pues desde el momento en que la forma constituye el modo de aparición de una realidad sustancial que es negada, velada por la forma misma, es indiscutible que esa negación no es absoluta, es decir, no implica la supresión de lo que es negado. El trabajo concreto no desaparece por ser negado en la forma dinero, ni es suprimido por el trabajo abstracto. Su relación antagonica implica la lucha: lucha de lo que es negado en contra de su propia negación. Lo que es negado, lejos de desaparecer, “existe en el modo de su negación” (Gunn, 2005: 127).

El antagonismo fundamental entre trabajo abstracto y trabajo concreto tiene como resultado que las relaciones sociales en el capitalismo existan como formas: forma-mercancía, forma-dinero, forma-salario, forma-estado, formas que “parecen ser autónomas respecto del capital y se presentan como un medio para transformar nuestras vidas o emancipar la sociedad” (García Vela, 2015: 16). Son el modo de existencia del antagonismo fundamental, un antagonismo que no se cristaliza en las formas de una vez y para siempre sino, como habíamos señalado antes, se despliega como expresión de la lucha por negar y en contra de la negación. Las formas son modos de existencia de la dominación y, por tanto, la emancipación no puede desplegarse en su interior. Más bien,

exige la lucha contra tales formas para disolver el núcleo sustancial que las produce: la explotación y la dominación capitalistas.

La lucha, en consecuencia, es el proceso constitutivo de las relaciones capitalistas y de su modo de existencia como *formas*. Una lucha que no refiere a la experiencia empírica de la confrontación entre grupos sociales sino al antagonismo entre la creatividad y la autodeterminación humanas, y su negación en la forma de trabajo asalariado. Lucha que en su desenvolvimiento antagónico aparece empíricamente reducida a mero conflicto de intereses entre diferentes grupos sociales, es decir bajo la forma, por ejemplo de lucha política o de movimientos sociales. La dinámica del antagonismo que fundamenta a la forma en tanto modo de existencia tiene su origen en la práctica humana misma. Los sujetos, privados de la autodeterminación, se resisten a la negación de su propia sujetidad. Y lo hacen rechazando a las formas mismas. La práctica, por tanto, “existe en sí misma, para sí misma y contra sí misma” (Bonefeld, 2004: 63). Desde esta perspectiva, proponemos mirar las acciones de protesta y los movimientos sociales como formas de existencia de esa lucha. Es decir, como procesos que aparecen exteriorizándose en el modo de conflicto enmarcado “dentro de los límites estatales y de la democracia liberal” (Tischler, 2016: 35). Los movimientos sociales, pues, no son un tipo de lucha, sino la exteriorización de la lucha, pero que al mismo tiempo la niegan. La niegan en tanto expresión del antagonismo al reducirlo a simple conflicto de intereses que es canalizado para su resolución en el marco del orden político existente. Y niegan, en consecuencia, la constitución de la sociedad por el antagonismo, por la lucha que implica el rechazo de la negación de la práctica social humana (Garza, 2019). Uno de nosotros ha venido desarrollando esta tesis de los movimientos sociales como forma en algunos trabajos anteriores (Garza, 2017a, 2017b, 2019).

Pero como forma, en el movimiento social se expresa al mismo tiempo la lucha en contra de su captura dentro de los límites de la política estatalizada. Esto es, las luchas en tanto movimientos sociales constituyen la expresión, en forma de su negación, de los impulsos de los sujetos por ir más allá de las relaciones capitalistas. Las tentativas de transformación social que son negadas al ser capturadas mediante las nociones de movimiento social (Garza, 2019).

Esta concepción hace posible dar sentido a los cambios recurrentes en los rasgos empíricos de los movimientos sociales en términos de la manifestación del desbordamiento de la *forma*. Al mismo tiempo, permite ofrecer una respuesta a la pregunta acerca de la posibilidad de construir otra sociedad desde los movimientos sociales. Y esa respuesta es negativa. No es posible lograr la emancipación, la transformación de las relaciones sociales capitalistas desde las propias formas en que ellas se exteriorizan. Como un modo de existen-

cia del antagonismo fundamental de la sociedad capitalista, la emancipación no solamente no es posible desde los movimientos sociales sino que la única posibilidad radica precisamente en la negación de esa *forma*. Solo mediante el desbordamiento de la creatividad, del hacer humano, que es negado en la forma de trabajo y en la forma de movimientos sociales, que intenta construir por sí mismo, individual y colectivamente, en diversos espacios de la vida cotidiana, modos distintos de relacionarse, no mediados por el dinero sino por la solidaridad, el disfrute, la comprensión mutua. Solo mediante el rechazo a la reducción instrumentalista de los movimientos sociales, negando prácticamente la separación entre objetivos y medios de la lucha. En contra de tal reducción, consideramos que no hay unos objetivos colocados fuera y más allá del despliegue de la acción. La lucha se desborda frente a la normalización de la forma movimiento social, al que se concibe como un modo de expresión distinto de las vías institucionales, pero reconocido como un componente de las democracias occidentales (Della Porta y Diani, 2011), y por tanto legitimado como instrumento para la búsqueda del cambio social. La lucha emancipadora se expresa no solamente como tentativas al margen de los canales institucionalizados sino en contra de la propia forma de movimiento social. Al percibir esta negación de la forma movimiento, Sergio Tischler (2016) ha propuesto llamar a las luchas recientes “movimientos de insubordinación social”. Negación dentro de los movimientos sociales que expresa el desbordamiento de esa forma.

Aunque a primera vista podría parecer un simple juego de palabras, nuestro argumento es que en los movimientos sociales lo que es negado es precisamente la lucha, entendida en términos del rechazo a la explotación, al aplastamiento de la creatividad y la subjetividad humanas, de sus capacidades de autodeterminación. Es decir, el rechazo a la deshumanización y, por tanto, la reivindicación de otras formas de actividad y de relación no basadas en el vínculo del dinero. Y esa lucha se exterioriza en la forma de movimientos sociales, velando aquella negación y presentando a sujetos agrupados en torno a identidades particularizadas por intereses que se despliegan en el marco existente de la explotación y la dominación capitalistas. Sujetos que aparecen movidos por aspiraciones al mejoramiento de su vida material, al reconocimiento político o, en general, a lograr la satisfacción de demandas determinadas. Demandas susceptibles de ser resueltas en el marco de lo existente. Esos movimientos sociales pueden expresarse de modos más o menos radicales, derrocar gobiernos y lograr el triunfo electoral de partidos de oposición, ser cooptados por ellos o mantenerse en la resistencia, pero como formas de existencia, como negación de la realidad sustancial de rechazo a las relaciones sociales capitalistas, no se orientan a su superación. Pero la lucha en tanto negación de lo existente no es

suprimida por la forma que la contiene, que la niega. En cambio, la desborda y apunta a la construcción de otras relaciones sociales. Existe, pues, aunque en el modo de su negación (Gunn, 2005), precisamente como movimientos sociales,

A MODO DE CONCLUSIÓN

La instauración de gobiernos denominados progresistas en diversos países de América Latina al iniciar el siglo XXI abrió grandes expectativas entre militantes de movimientos sociales y analistas en torno a las posibilidades de transformación social. Dos décadas después continúan la revisión y el análisis de estas experiencias y del significado de las derrotas electorales de esos gobiernos en un país tras otro o de las crisis políticas en algunos más. Esta preocupación no es exclusiva de la región latinoamericana. Fuera de ella, el caso más dramático ha sido Grecia, donde también se ha discutido qué pasó con la esperanza puesta en los gobiernos de la izquierda institucional.

Una vez que los gobiernos de la izquierda institucional arribaron al poder, las bases sociales que impulsaron los triunfos electorales fueron marginadas de los procesos de gobierno. Aunque las intenciones de los gobiernos progresistas fueran las mejores, distribuir la riqueza de una manera más *justa* y reducir las desigualdades políticas, no pueden escapar de la dinámica capitalista. El progresismo no puede reconciliar las contradicciones inherentes al capital.

Aquí hemos tratado de visibilizar que, en la revisión crítica del progresismo en su auge y ocaso, no es posible ignorar el despliegue de la dialéctica entre la dinámica del capital y las luchas en el contexto latinoamericano. Esto es, sin considerar las transformaciones producidas por la reorganización de la producción y reproducción mundial capitalista que ha tenido lugar durante los últimos cuarenta años. Si bien estas transformaciones intensificaron la agresividad del capital, también lo volvieron más frágil, más propenso a crisis que se vuelven cada vez más recurrentes y más desastrosas. La Gran Recesión después de 2008 y la coronacrisis que hoy vivimos son los ejemplos más inmediatos de un modo de organización social que revela su fracaso, aunque se siga reproduciendo. Esta última nos interesa porque ha visibilizado que la crisis del capital no puede resolverse sin la intervención del Estado. Así pues, no basta dedicar un *requiem* al progresismo mientras el retorno a las políticas keynesianas y la emergencia de un *progresismo internacional* se presentan como las únicas alternativas para *salvar al capitalismo de sí mismo*. Si no hay progresismo que sea radical o anticapitalista, ¿entonces qué? ¿Es posible transformar la sociedad desde los movimientos?

Sostuvimos en el análisis que los movimientos sociales que, directa o indirectamente, contribuyeron a los triunfos electorales progresistas aparecen, en primer término, como víctimas de la represión cuando mantienen una resistencia a políticas que dan continuidad a orientaciones neoliberales, o bien son simplemente cooptados. Pero en cualquiera de los casos permanecen como alternativa frente al retroceso electoral. Se apela a la rearticulación con ellos como única alternativa para la profundización de esos procesos, o cuando menos para la preservación de lo logrado.

Sin embargo, no existe una crítica respecto a las posibilidades reales de emancipación desde los movimientos sociales. Se les imputa una capacidad transformadora que no se discute. A partir de los argumentos considerados en este trabajo, consideramos que los movimientos sociales son una *forma* capitalista, un modo de existencia que oculta y niega la lucha que puede conducir a la emancipación social. Como se señaló en el texto, la destrucción de las relaciones sociales capitalistas no es posible en el marco de las *formas*, que expresan la supervivencia del antagonismo fundamental propio de tales relaciones: el antagonismo entre trabajo concreto y trabajo abstracto. Por el contrario, la única posibilidad de transformación social radical se encuentra en la destrucción de esas formas, en la disolución de su antagonismo constitutivo. En este sentido, los cambios recurrentes observables en los rasgos empíricos de los movimientos sociales, que los estudiosos suelen acomodar bajo la noción de las “novedades” de los movimientos, constituyen la expresión más clara de la insubordinación, de la lucha permanente por trascender la *forma* movimiento y apuntar hacia la transformación radical de la actividad humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Arkonada, Katu (2015). “¿Fin del ciclo progresista o reflujo del cambio de época en América Latina? 7 tesis para el debate”. *Centro Tricontinental (CETRI)*. Disponible en <<https://www.cetri.be/Fin-del-ciclo-progresista-o?lang=fr>>. [Consulta: 14 de junio de 2019].
- Bayat, Assef (2012). “Politics in the city-inside-out”. *City & Society* 24(2): 110-128.
- Bizberg, Ilán (2019). *Diversity of Capitalisms in Latin America*. México: Palgrave Macmillan.
- Bonefeld, Werner (1996). “Monetarism and Crisis”. En *Global Capital, National State and the Politics of Money*, compilado por Werner Bonefeld y John Holloway, 35-68. Londres: Macmillan Press.
- Bonefeld, Werner (2004). “Clase y constitución”. En *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, compilado por John Holloway, 33-68. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla-Ediciones Herramienta.
- Bonefeld, Werner (2015). “Ciencia, hegemonía y acción: sobre los elementos de la gubernamentalidad”. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 7: 248-265.
- Bonefeld, Werner (2017). *The Strong State and the Free Economy*. Londres-Nueva York: Rowman & Littlefield International.

- Bonnet, Alberto, John Holloway y Sergio Tischler (2005). *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, vol. I. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla-Ediciones Herramienta.
- Bonnet, Alberto y Adrián Piva (comps.) (2019). *El modo de acumulación en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Bringel, Breno, y Alfredo Falero (2016). “Social Movements, Progressive governments and states in Latin America: transitions, conflicts and mediations”. *Caderno CRH* 29(spe3): 27-45. Disponible en: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S010349792016000600027&lng=es&nrm=iso&tlng=en>. [Consulta: 15 de abril de 2020].
- CEPAL (2008). Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe 2008. Disponible en: <<https://www.cepal.org/es/publicaciones/970-balance-preliminar-economias-america-latina-caribe-2008>>. [Consulta: 01 de abril de 2020].
- Codas, Gustavo (2015). “Desafíos al ciclo progresista en América Latina”. *Mate amargo digital*. Disponible en: <https://www.mateamargo.org.uy/2015/08/13/desafios-al-ciclo-progresista-en-america-latina/>. [Consulta: 14 de febrero de 2020].
- Colombini Neto, Iderley (2015). “Notas sobre a questão de classe no Brasil nos anos 2000”. En *XLII Encontro Nacional da Anpec*. Florianópolis, Anais do XLIII Encontro Nacional da Anpec.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: CIS-Editorial Complutense.
- Dhanagare, Dattatreya y J. John (1988). “Cyclical Movement towards the ‘Eternal’-‘Nine Theses of Social Movements’: A Critique”. *Economic and Political Weekly* 23(21): 1089-1092.
- Dinerstein, Ana Cecilia y Séverine Deneulin (2012). “Hope movements. Naming mobilization in a Post-development world”. *Development and change* 43(2): 585-602.
- Dinerstein, Ana Cecilia (2017). *The Politics of Autonomy in Latin America. The Art of Organising Hope*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Durand, Cédric (2018). *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*. Barcelona: Futuro Anterior Ediciones-Nuevos Emprendimientos Editoriales.
- Echeverría, Bolívar (1998). “El ethos barroco”. En *La modernidad de lo barroco*, 32-56. México: Era.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio población: Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García Vela, Alfonso Galileo (2015). “Forma y sustancia: Una aproximación desde *El Capital* y los Grundrisse”. *Bajo el Volcán, Revista del Posgrado de Sociología* 22: 15-40.
- Garza Zepeda Manuel (2017a). “En torno a la crítica del concepto movimientos sociales: negación y lucha de clases”. *Revista Persona y Sociedad* 31(2): 12-34. Disponible en: <[https://www.uahurtado.cl/wp-images/uploads/2018/01/En-torno-a-la-cr%C3%ADtica-del-concepto-de-movimientos-sociales-negación-y-lucha-de-clases.pdf](https://www.uahurtado.cl/wp-images/uploads/2018/01/En-torno-a-la-cr%C3%ADtica-del-concepto-de-movimientos-sociales-negaci%C3%B3n-y-lucha-de-clases.pdf)>.
- Garza Zepeda, Manuel (2017b). “Insubordinación, lucha y consecuencias: los movimientos sociales como *forma* capitalista”. En *Política y alternativas frente a la crisis capitalista*, coordinado por Manuel Garza Zepeda y Eduardo Bautista Martínez, 37-61. México: Juan Pablos-Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.
- Garza Zepeda, Manuel (2019). “Insubordinación y capitalismo: el desbordamiento de los movimientos sociales”. En *Estado, capitalismo y subjetividad. Dignidad y esperanza en configuraciones revolucionarias del sujeto rebelde*, coordinado por Fernando Matamoros Ponce, Alfonso Galileo García Vela, Manuel Garza Zepeda y Oliver Gabriel Hernández Lara, 211-236. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Ediciones del Li-

- rio-Universidad Autónoma del Estado de México-Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.
- González, Edith (2019). "From Revolution to Democracy: The Loss of the Emancipatory Perspective". En *Open Marxism 4. Against a closing world*, compilado por Ana Cecilia Dinerstein, Alfonso García Vela, Edith González, y John Holloway. Reino Unido: Pluto Press.
- González, Edith y Panagiotis Doulos (2020). "Reflexiones sobre la relación entre violencia y capitalismo". *UNIVERSCIENCIA* 57:1-11.
- Gunn, Richard (2005). "En contra del materialismo histórico: el marxismo como un discurso de primer orden". En *Marxismo abierto*, vol. 1, compilado por Alberto Bonnet, John Holloway y Sergio Tischler. Argentina: Universidad Autónoma de Puebla-Ediciones Herramienta.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2009). *Los ritmos del Pachakuti. Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*. México: BUAP, ICSyH-Bajo Tierra-Sisifo Ediciones.
- Grupo Krisis (1999). *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: VIRUS editorial. Disponible en: <<http://www.krisis.org/1999/manifiesto-contra-el-trabajo/>>. [Consulta: 28 de marzo de 2020].
- Hirsch, Joachim (2017). "El aparato de estado y la reproducción social: elementos de una teoría del estado burgués". En *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del estado*, compilado por Alberto Bonnet y Adrián Piva, 509-588. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Holloway, John (2010). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. México: Sisifo ediciones-Bajo Tierra ediciones- BUAOP, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vézlez Pliego.
- Holloway, John (2017). *La Tormenta. Crisis, deuda, revolución y esperanza. (Una respuesta al desafío zapatista)*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Holloway, John (2019). "Plática sin nombre". *Congreso de Filosofía ¡Rompeamos tódalas fronteiras!*, 29 de abril. Youtube. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=rKuoeZG-gzn8>>.
- Jappe, Anselm (2011). *Crédito a muerte: la descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Katz, Claudio (2017). "Desenlace del ciclo progresista". *Estudios Críticos del Desarrollo* VII(12): 87-122.
- Kosik, Karel (1985). "El mundo de la pseudoconcreción y su destrucción". En *Dialéctica de lo concreto*, 25-37. México: Editorial Grijalbo.
- Kurz, Robert (2016). *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Buenos Aires: Editorial Marat.
- Lo Brutto, Giuseppe y Liza Aceves López (2017). "Cuando el destino nos alcanza. La relación entre movimientos sociales y gobiernos latinoamericanos de izquierda". *Revista Tlamelaua* 11(43): 156-177. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-69162017000300156&lng=es&tlng=es>. [Consulta: 11 de enero de 2020].
- Marx, Karl (2009). *El Capital. El proceso global de la producción capitalista*. Tomo III. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl (2018). *El Capital. El proceso de producción del capital*. Tomo I. México: Siglo XXI.
- McNally, David (2011). *Global Slump. The Economics and Politics of Crisis and Resistance*. Oakland: PM Press.
- Mitchell, Robie (2016). "The Pink Tide Recedes: End of An Era?", Council on Hemispheric Affairs. Disponible en: <<http://www.coha.org/wp-content/uploads/2016/01/Pink-Ti>

- de-Mitchell2.pdf>. [Consulta: 18 de agosto de 2019].
- Modonesi, Massimo (2015). “Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo”. *Viento Sur* (142): 23-30. Disponible en: <https://vientosur.info/IMG/pdf/V5142_M_Modonesi_Fin_de_la_hegemonia_progresista_y_giro_en_America_Latina.pdf>. [Consulta: 26 de marzo de 2020].
- Modonesi, Massimo (2017). *Revoluciones pasivas en América Latina*. México: Itaca-UAM, Azcapotzalco-Revista Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales-Conacyt.
- Nadal, Alejandro (2019, 19 de marzo). “El fracaso histórico del capital”. *La Jornada*. Disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2019/12/04/opinion/029a1eco>>. [Consulta: 28 de marzo de 2020].
- Oikonomakis, Leonidas (2020). “The Government of Hope, the Hope of Government, and the Role of Elections as Wave-Breakers of Radical Prefigurative Political Processes”. En *Beyond Crisis. After the Collapse of Institutional Hope in Greece, What?*, compilado por John Holloway, Katerina Nasioka y Panagiotis Doulos. Estados Unidos: PM Press.
- Pannekoek, Anton (1969). “Bolchevisme et démocratie (Bolshevism and Democracy)”. En *Pannekoek et les Conseils Ouvriers (Pannekoek and the Workers’ Councils)*, editado por Serge Bricianier. París: EDI.
- Pleyers, Geoffrey (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Rauber, Isabel (2015). “La clave del protagonismo popular. Gobiernos populares de América Latina, ¿fin de ciclo o nuevo tiempo político?”. Blog de Isabel Rauber. Disponible en <<http://isabelrauber.blogspot.com.ar/2015/12/la-clave-del-protagonismo-popular.html>>. [Consulta: 19 de agosto de 2019].
- Rickards, James (2016) *The Road to Ruin. The Global Elites’ Secret Plan for The Next Financial Crisis*. Nueva York: Portfolio-Penguin.
- Roberts, Michael (2020). *China in the Post-pandemic 2020s*. Michael Robert’s Blog. Disponible en: <<https://thenextrecession.wordpress.com/2020/05/22/china-in-the-post-pandemic-2020s/>>. [Consulta: 22 de mayo de 2020].
- Rohter, Larry (2005). “With New Chief, Uruguay Veers Left, in a Latin Pattern”. *The New York Times*. Disponible en: <<https://www.nytimes.com/2005/03/01/world/americas/with-new-chief-uruguay-veers-left-in-a-latin-pattern.html>>. [Consultado: 27 de marzo de 2020].
- Schavelzon, Salvador (2017). “El fin de ciclo progresista sudamericano”. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <<https://nuso.org/articulo/el-fin-de-ciclo-progresista-sudamericano/>>. [Consulta: 15 de febrero de 2020].
- Scholz, Roswhita (2013). “El patriarcado productor de mercancías: tesis sobre capitalismo y relaciones de género”. *Constelaciones: Revista de Teoría Crítica* 5: 44-60.
- Sub Galeano (2018). “Comunicado palabras del sub Moisés y el sub Galeano en la Clausura del Encuentro de Redes de Apoyo al #CIG y su Vocera, en el Caracol Morelia, Chiapas, 5 de agosto”.
- Tischler, Sergio (2011). “El quiebre de la subjetividad de la forma Estado y los movimientos de insubordinación”. En *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y el Estado*. México: Bajo Tierra ediciones-Sísifo ediciones.
- Tischler, Sergio (2013). *Revolución y destotalización*. México: Ediciones Grietas.
- Tischler, Sergio (2016). “Otros mundos posibles. En torno a la crítica de la ciudadanía y los movimientos de insubordinación social”. En *Oaxaca 2006-2016. Antagonismo, subjetividades y esperanza*, compilado por Eduardo Bautista Martínez, Manuel Garza Zepeda,

- Fernando Matamoros Ponce y Alfonso Galileo García Vela. México: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca-Miguel Ángel Porrúa.
- Tooze, Adam (2019). *Crashed. How a Decade of Financial Crises Changed the World*. Estados Unidos: Penguin Books.
- Zibechi, Raúl (2010). “Políticas sociales, gobiernos progresistas y movimientos antisistémicos”. *Revista Internacional de Filosofía Política* 35: 5-20. Disponible en: <<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-2010-numero35-2010&dsID=Documento.pdf>>. [Consulta: 30 de marzo de 2020].
- Zibechi, Raúl (2015). “Hacer balance del progresismo”. *Resumen Latinoamericano*. Disponible en: <<http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/04/hacer-balance-del-progresismo/>>. [Consulta: 29 de marzo de 2020].

Fecha de recepción: 10 de mayo del 2022
Fecha de aceptación: 23 de noviembre del 2022